

## Canes modernos, posmodernos y trasatlánticos: Hibridismo textual y acusación social de Cervantes a Luis Rafael Sánchez

**Asima F. X. Saad Maura (University of Delaware)**

*Para saber callar en romance y hablar en latín,  
discreción es menester...*

(“El coloquio de los perros”)

Miguel de Cervantes

Internista, cirujano, radiólogo de la sociedad puertorriqueña son algunos epítetos que le caen al dedillo a Luis Rafael Sánchez (Puerto Rico, 1936 -), autor de las novelas *La guaracha del Macho Camacho* (1976), *La importancia de llamarse Daniel Santos* (1988) y un respetable listado de obras de teatro, cuentos, ensayos y artículos periodísticos<sup>1</sup>. Pero con su más reciente novela, *Indiscreciones de un perro gringo* (Alfaguara, 2007) y después de un hiato de dos décadas, Sánchez parece soslayar el tema puertorriqueño para meterse de lleno en las idiosincrasias de “la Nación Esencial del Universo”, sarcástico apelativo con el cual el elocuente narrador de la novela bautiza a los Estados Unidos. Usamos “parece” adrede ya que, como bien señala Aníbal González en su reseña “Gringo hasta el gen y los cromosomas” (frase sacada directamente de la novela (34)), “la imagen de un perro a medio camino entre lo maquinal y lo humano podría servir de metáfora de ese otro engendro— en la opinión de algunos— que es el confuso estatus político de Puerto Rico” (*Primera Revista Latinoamericana de Libros*, 29)<sup>2</sup>. Y es que cuando de estrategia geográfica se trata, ningún lugar ha sido ni sigue siendo tan deseado como la isla Boriquén de los taínos. “Descubierta” primeramente por Colón en su segundo viaje trasatlántico (este-oeste), fue traspasada como botín de guerra a los Estados Unidos cuando, en 1898 y bajo el comando del General Miles, ganaron aquella guerra (Hispano-Americana) trasatlántica (norte-sur),

<sup>1</sup> Entre sus obras teatrales más conocidas hay que mencionar: *Los ángeles se han fatigado* (1960), *La espera* (1960), *La hiel nuestra de cada día* (1962), *La pasión según Antígona Pérez* (1968) y *Quintuples* (1985); *En cuerpo de camisa* (cuentos, 1966); *La guagua aérea*, *No llores por nosotros Puerto Rico* y *Devórame otra vez* (ensayos, 1994, 1998, 2004, respectivamente).

<sup>2</sup> González conecta de manera brillante “a los líderes políticos puertorriqueños que propugnan la anexión a los Estados Unidos” con “la adoración que profesa” el perro gringo por su país (*Primera Revista Latinoamericana de Libros* 4, abril-mayo (2008): 29-33).

gracias a la cual continuarían extendiendo su poderío militar, sembrando bases militares como si fuera maíz. Para aumentar su consabido y mordaz sarcasmo, Sánchez le sigue los pasos al maestro Cervantes y le otorga voz nada menos que a un perro que no es uno cualquiera, sino nada menos que el “Primer Perro” Buddy Clinton, un lengüilarga a quien veintidós sabelotodos de Harvard le han enchufado todo tipo de cables en cada una de sus tetillas. Este grupo de supuestos académicos de la famosa Universidad Ivy le sirven a la filosa pluma de Sánchez para recalcar la mentalidad cerrada, predominantemente blanca, cristiano-evangélica y fuertemente racista de la masa estadounidenses<sup>1</sup>.

No pretendo reseñar la novela, tarea que ha realizado magistralmente Aníbal González (ver nota 2 y Obras citadas), pero sí me interesa profundizar en el hibridismo textual que Luis Rafael Sánchez incorpora —e incluso anuncia— desde las primeras páginas del prólogo (15-18), así como la crítica social a lo largo de las 199 páginas que completan la novela. En efecto, González menciona la intertextualidad en su artículo, además de que en simposios organizados en Puerto Rico, él, Sánchez y Luce López Baralt han hablado del asunto. A falta de los detalles específicos discutidos en esos simposios, a continuación ofrezco los paralelismos más sobresalientes entre *Indiscreciones de un perro gringo* y “El coloquio de los perros” de Miguel de Cervantes.

Que los perros hablen no es nada nuevo ni poco usual. El mismo Buddy lo dice: “las facultades que engrandecen a la raza canina trascienden el olfato y la audición. En una novela corta de Miguel de Cervantes dos perros chacharean con una agudeza que ustedes querrían para sí” (38). Poco después, el narrador canino pasa a mencionar otros canes habladores de la literatura: Orfeo, en *Niebla* de Miguel de Unamuno<sup>2</sup> y Karenin, en *La*

<sup>1</sup> No hay más que haber leído y visto la caricatura de Sean Delonas en el *New York Post* (miércoles, 18 de febrero de 2009, página 12) para darse cuenta de que los gritos en pos de los derechos civiles durante los 60 del siglo pasado han continuado opacados y pisoteados por actos racistas. En su dibujo, Delonas representa al Presidente Barak Obama, el primer negro en alcanzar este escaño, como un chimpancé a quien la policía ha matado a balazos. El animal yace tirado boca arriba en el suelo, lengua afuera, sobre un charco de sangre, con dos huecos de bala en el pecho. Para completar la imagen, uno de los policías le dice al otro, *They'll have to find someone else to write the next stimulus bill*, cita que alude directamente a la ley que recién firmara Obama con la esperanza de levantar o estimular la situación económica tan precaria por la que atraviesa el país. Como era de esperarse, una vez publicada la caricatura en el *Post*, miles de personas acudieron a protestar ante el edificio del periódico por la ofensa que hasta hoy sigue vibrante y doliente, sin disculpas aceptables en el horizonte. Para subsanar el insulto, el caricaturista y la junta editorial trataron de explicar el dibujo a la luz de otro evento en el cual el chimpancé mascota de una señora atacó y mató a la amiga de ésta; en medio de tal tragedia, la policía no tuvo otro remedio que sacrificar al animal.

<sup>2</sup> Augusto Pérez, personaje sumido en la niebla de la depresión y el vacío existencial,

*insoponible levedad del ser* de Milan Kundera<sup>1</sup>, autores que, como Cervantes, juegan con la línea borrosa que hay entre la realidad y la fantasía, entre lo real y los sueños. De hecho, el epígrafe con el cual Sánchez abre su novela es uno de los puntos clave del *Manifiesto Surrealista* (1924) de André Breton (1896-1966), “Lo que hay de admirable en lo fantástico es que ya no hay nada fantástico, sólo hay realidad”, la cual a su vez está tan llena de contrariedades que deja de ser “real” y se convierte en dudosa y debatible, en pura ficción.

Para quienes hemos leído y estamos familiarizados con la última de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, *Indiscreciones de un perro gringo* adquiere mayor valor ya que está enmarcada por una genial intertextualidad. Como se verá, la de Sánchez adquiere magna dimensión en relación a la novelita del Manco de Lepanto publicada en la segunda década del Siglo XVII. En “El coloquio” los dos perros protagonistas se exigen y juran ser discretos en todo lo que habrán de contar; con este juramento dejan claro que la discreción es la clave de la decencia humana. Efectivamente, el adjetivo “discreto” aparece en múltiples ocasiones, tanto bajo la insistencia de Cipión como bajo el reconocimiento de Berganza, nombres de los canes cervantinos. Si es cierto que podemos recurrir a muchas de las *Novelas* y al mismo *Quijote* para encontrar ejemplos de indiscreción, ninguna alcanza tan alto nivel como “El coloquio de los perros” en la cual los perros juegan a ser discretos e indiscretos para llevar a cabo su crítica social. Así, en las dos novelas, discreción e indiscreción son intercambiables y coexisten para denunciar todo lo que está mal tanto en los siglos XVI y XVII de Cervantes, como en los XX y XXI que le sirven de marco histórico a Luis Rafael Sánchez. Al fin y al cabo, “no hay nada nuevo bajo el sol”, como recita el *Eclesiastés*.

Es importante recalcar el adjetivo “discreto” en la protonovela cervantina y traer a colación el epígrafe del presente ensayo —*Para saber callar en romance y hablar en latín, discreción es menester...* (palabras de Cipión a Berganza)— para vislumbrar la treta que juega el “cronista del Puerto Rico posmoderno” (Aníbal González, *Letral* 2008) mediante su perro gringo. Este “primer perro cibernauta”, como se autodenomina Buddy, no sabe callar y su latín se reduce a unos cuantos “latinazos” de los que acostumbra algunos de los insulsos que tanto repudia y de quienes tanto se quiere suicidarse, pero antes de morir le escribe una nota al propio Unamuno con quien ya ha discutido sobre su existencia; el autor, entonces, le asegura que su ser es pura ficción, que Augusto Pérez es un mero personaje sin vida propia. La novela termina con la oración fúnebre que su perro Orfeo le recita a su amo para darle su último adiós.

<sup>1</sup> La típica cotidianidad perruna de Karenin va paralela al tedio en el que los personajes ven pasar su vida sin mayor transcendencia. Acaso la escena más conmovedora de la novela del autor checo sea la muerte de Karenin que tan fiel le ha sido a Teresa, en contrapunto a las infidelidades que su compañero Tomás ha tenido con ella.

burla Cervantes. Carente de esas dos cualidades que conlleva la discreción (“callar en romance y hablar en latín”), la mala suerte del “Primer Perro de la Nación Esencial del Universo” está echada: no es ni puede ser discreto porque, además de no hablar latín, su idioma tampoco es romance, sino anglo. Lo curioso es que, a pesar de que la novela está escrita predominantemente en depurado español, Luis Rafael Sánchez obliga a los lectores a poner en marcha la imaginación y llenar la brecha idiomática. No se puede obviar el hecho de que el perro es gringo y, como cualquier norteamericano promedio, cabe suponer que sea monolingüe. El testimonio de Buddy ante los “Ciudadanos Afectos a la Moral Sin Tacha” sobre la “infracción genital” o el “amorío fugaz” o la relación “bucogenital” entre “el cuadragésimo segundo presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, el Honorable William Jefferson Blythe Clinton y la Señorita Mónica Lewinski” se consume en la única lengua que conoce el gringo can, el inglés. Por supuesto, en muchas ocasiones Sánchez recurre al *spanGLISH* a la vez que intercala palabras y frases del francés y del italiano con las que aviva aún más el relato. Igual de risible es la manera en que la mascota presidencial salpica el idioma perruno de abundantes latines —*equus caballus, pennis baculum, emissio seminis, De Canibus Britannicis*— así como de todo tipo de alusiones históricas, culinarias y, sobre todo, sexuales, que conducen a exagerar las características de *homo sapiens* de Buddy.

Luis Rafael Sánchez juguetea con el súper ego de la mascota presidencial que se cree mejor que nadie y ambiciona “el estrellato cinematográfico” (80), asegurando que no descansará hasta “filmar dos o tres películas que arrasasen en la taquilla” (79) y “ver [su] nombre abarrotando una marquesina iluminada por luces de neón” (80). Por toda la novela él mismo anuncia algunas de las películas que le traerán la merecida fama, a saber: *Buddy Clinton Desafía a King Kong, El Perro Invisible, El perro araña, Buddy Clinton Contra Rocky Balboa, El Perro Más Sexy del Mundo, El Perro de Troya* y muchas más. Esta vanagloria aumenta gracias a lo que ha aprendido en la *Gran filogenia canina*, “suma perrológica que incoan los escribas sumerios y babilonios” y que para los perros “simboliza lo que la Biblia para los cristianos, el Corán para los musulmanes y la Tora para los judíos” (46-47). Incluso, saber que su nombre, Buddy, quiere decir en inglés “amigo especial. El amigazo. El compa. El panita. El mano. El manito. En resumen, el *brother*” (76), le infla aún más el ego hasta que eventualmente le adviene el corte drástico del don del habla. De tanto hablar y jactarse, el *ciberperro* cae en el más inmenso e imperdonable descuido cuando hace públicas las indiscreciones que su amo Bill Clinton, “el hombre más importante del Planeta”. realizara con “la bella señorita Lewinski”. La imprudencia del perro estriba en contar, con demasiado lujo de detalles, mucho más de lo que son capaces de aguantar los

puritanos y pulcros cuarenta y dos oídos de “los hiperbólicos Ciudadanos Afectos a la Moral Sin Tacha” que, según nuestro juicio, representan a los estadounidenses comunes y corrientes. Además, Sánchez caracteriza a Buddy con toda la ingenuidad con que es vista la población general de los Estados Unidos, nación juvenil y jovial, superficial y unidimensional, que lamentable e imperdonablemente peca de ser racista y prejuiciada. Se podría aseverar que Buddy Clinton *es* la nación entera. Autodenominado “perro creyente en la democracia y la voz plural de las urnas, la libre empresa y la propiedad privada” (108), Buddy se cava su propia tumba al cometer la indiscreción de creerse mejor que nadie. Al colocar “el patriotismo por encima de cualquier otro asunto” (108) lo que logra es rechazar y alienar a los demás, triste característica generalizada del gobierno y de la colectividad del país.

Entre sus muchos prejuicios, Buddy Clinton se ufana en declararse archienemigo de los gatos, en particular del “gato Socks”<sup>1</sup> de quien no deja de burlarse, haciendo hincapié en que el felino “no lleva el apellido presidencial..., distinción comparable a los títulos de nobleza que conceden las monarquías europeas” (22). Sin embargo, su desdén no está dirigido solamente a Socks. No importa cuál, “sea el gato de Angora o de Algalia, sea el Gato Garfield o el gato de la sonrisa en la noche que Alicia saluda en el país de las maravillas, sea cualquiera de los gatos de la Señora Figg, cuidadora de Harry Potter” (58), los gatos son absolutamente detestables e inútiles, no sirven sino para “pestañear, dormitar, asesinar pajarillos indefensos” (58). Para probar y convencernos de cuán desdeñables son, el perro pasa lista de todo lo que son incapaces de hacer los gatos, dando fe, así, de su superioridad gringa por encima de los demás. Por ejemplo, los mininos no “arrastran trineos como los arrastra el husky siberiano” ni “rescatan a las personas sepultadas entre los escombros como las rescata el San Bernardo”, como tampoco “asisten a los granjeros en sus faenas como los asiste el pastor de Anatolia” ni “detectan la cocaína escondida en las tocas de una monja impostora como la detecta el pastor alemán” (58).

<sup>1</sup> El viernes, 20 de febrero de 2009, salió la noticia de la muerte de Socks a los 18 años de edad, en la cual se alude abiertamente a la enemistad entre ambas mascotas. La muerte de Buddy, en cambio, ocurrió siete años antes en Chappaqua, Nueva York, residencia de los Clinton después de sus dos términos en la Casa Blanca. En la novela, Buddy obtiene los datos de su futura muerte mediante lo que en sus propias palabras es “el primer sueño humanoide”: “Soñé que moría arrollado por un automóvil tipo van, cerca de un letrero de fondo verde y letras blancas que indicaban: Ruta 117, Chappaqua... la tarde del miércoles tres de enero del año dos mil dos” (85). Ya antes, en el Prólogo titulado “Avisos urgentes”, el esquivo narrador que encuentra el manuscrito en el tren #1 de Manhattan recrea tabloides en los que se insinúa “que hubo mano criminal en el accidente, pues el labrador *sabía* demasiado de las *relaciones peligrosas*” (16). Contrario a la vida relativamente larga de Socks, la de Buddy Clinton duró apenas cinco años.

Punto seguido —y a sabiendas de que no es posible que nadie le lleve la contraria— reta a que alguien le muestre “los gatos consagrados a la caridad como se consagró el perro del ermitaño Roque de Montpellier, el San Roque de la posteridad, cuando éste enfermó de la peste” (59). Estos prejuicios, basados en “la animosidad milenaria de la raza félida contra la raza cánida” (22), no evita que él mismo sea blanco, a su parecer, de crueles e injustas acusaciones por los que quieren enterarse (“cuán torcidos son los seres humanos, cuán retorcidos” (71)) de los detalles de todo cuanto pasó en el Salón Oval de la Casa Blanca. “¡De qué no me acusaron!”, vocifera indignado antes de pormenorizar uno por uno los acometimientos más estereotipados que sufren tantas personas en suelo estadounidense. Desde los principios de la colonia (cuando los ingleses engañaron y mataron a tantos nativos) hasta épocas más recientes (en especial a partir del 11 de septiembre de 2001 y la revisión del segundo *Patriot Act* bajo George W. Bush), si le quitamos lo de perro, no hay quien se salve: “Hijo de perra. Perro afroamericano. Perro hispano de basura. Perro mexicano ilegal. Narcoperro colombiano. Avaro perro judío. Perro árabe terrorista. Jodido perro pacifista. Perro ultramaricón” (81). Estos insultos son absolutamente inmerecidos, certifica él, porque los perros “no discriminan a los amos por ser negros, asiáticos, hispanos, judíos, musulmanes”, como tampoco se van en contra de “los amos que, siendo chicas, se contentan con las chicas o que, siendo chicos, se contentan con los chicos” (60). Al contrario, muy orgulloso y plenamente convencido de ello, Buddy afirma que “[I]ealtad, desprejuicio y perro son voces sinónimas” (59). Este tipo de ingenuidad simplista es muy parecida a la de algunos estadounidenses que no se explican cómo su país es odiado alrededor del mundo. Sánchez se aprovecha de la existente aversión entre el perro y el gato para validar el manojito de prejuicios enumerados arriba; esa hostilidad le sirve de metáfora para resaltar la que padecen tantos extranjeros en la cotidianidad laboral en los pueblos y ciudades de Estados Unidos adonde han inmigrado.

A Buddy le importa un comino la Quinta Enmienda; lejos del *saber callar* de “El coloquio de los perros”, el perro gringo le da rienda suelta a la lengua, disertando en exceso sobre asuntos sexuales en un país ultra puritano desde sus comienzos. Tanta habladuría le roba, precisamente, el don del habla que con tanto gusto ha disfrutado. Iluso como sólo él puede serlo, ya al final de su parlamento le da la bienvenida a “los siete Ciudadanos Afectos a la Moral Sin Tacha, los seis Científicos, Poetas y Filósofos, los tres Técnicos de la Grabación, el Mecnógrafo y el Taquígrafo y los Encargados de Mantenimiento y Apariencia” que momentos antes habían desaparecido nada menos que para desenchufar “el escáner de los virus informáticos” que Buddy ha llevado conectado a sus tetillas y el cual le proveía acceso al mundo del procesamiento de datos. A manera de reco-

nocer este portento, Buddy elogia la tecnología intercalando todo tipo de personajes, desde los clásicos hasta la cultura popular:

Alabo... los servomecanismos con base en las tetillas. Si oprimo el llamador instalado entra la primera y la segunda tetilla, obtengo datos sobre el pensador Platón, el dramaturgo Shakespeare, el cantante Ricky Martin. Si oprimo el instalado entre la tercera y la cuarta tetilla, activo las conexiones periféricas. Si oprimo el instalado entre la séptima y la octava tetilla, me brotan las imágenes de las hembras con quienes volveré a copular, tarde o temprano. (29).

Más adelante seguirá haciendo alarde de sus dotes tecnológicas:

...Oprimo el llamador instalado entre la tercera y la cuarta tetilla y activo las conexiones periféricas. Aseguro la velocidad de transferencia, guío el cursor por entre el menú, lo abro y extraigo el icono *Perro perreros, perreros caudillos*. Cliqueo. Unas fugas de Juan Sebastián Bach, compositor alemán, suenan al fondo. (90).

Ya al final, cuando pregunta el por qué de la jaula que algunos han cargado hasta donde él está, no recibe respuesta; después de todo, resabido es que “la Nación Más Esencial del Universo” a nadie le debe explicación. El Primer Perro se queda con la perorata en la boca. Con la facilidad de un clic le terminan abruptamente su monologado discurso así: “En lo que el Fotógrafo mide la luz exijo saber a quién van a meter en la jaula que los Encargados de Mantenimiento y Apariencia recién acaban de dejar a las puertas del salón augusto, con tan hipócrita indiferencia” (148). Como el que pretende tapar el cielo con la mano, como el que no ve o no quiere ver venir el desastre, la mascota clintoniana recibe el rotundo tapaboca precisamente de quienes hasta ese momento y sin chistar habían estado escuchando sus diatribas. Los doctos de Harvard oyeron hasta donde querían y basta.

Buddy Clinton representa el general aislamiento social y cultural de los estadounidenses para quienes las amistades son condicionales. Contrario a los compañeros caninos de Cervantes, Buddy no cuenta con nadie que le advierta sobre los peligros de creerse ser lo que en realidad no es, como Cipión hace con su camarada y a quien proféticamente sobre avisa: “Mírate los pies..., Berganza: quiero decir que mires que eres animal que carece de razón” (309). Tampoco hay quien le diga a la mascota presidencial que lo ha “tenido por **discreto** y por amigo” según le indica Berganza a Cipión, “pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los míos, y como **discreto** has repartido el tiempo donde podemos manifestarlos” (301). El

perro gringo carece de la capacidad de saber cuándo es el momento apropiado de hablar, el lugar adecuado donde hacerlo y los oídos prudentes con quien compartir su mensaje. Por consiguiente, Buddy es incapaz de callar, no posee el don de ese saber; es, simple y llanamente, indiscreto. El pobre no conoce los límites de la murmuración, otro sabio consejo de Cipión a Berganza, cuando dictamina, “si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto” (307). Los perros de Cervantes dialogan con la esperanza de continuar contándose sus respectivas aventuras en otra ocasión. En cambio, Buddy se tira una monserga demasiado desfachatada, dándole rienda suelta a la lengua, culpable de “los mayores daños de la humanidad” (Cipión a Berganza, 304). Con este error el gringo se cierra a sí mismo futuras oportunidades. Podría decirse que su imprudencia es como la de “algunos hombrecillos que a la sombra de sus amos se atreven a ser insolentes”, otro concepto del cervantino perro (359) que podemos aplicar a la idiosincrasia estadounidense. Parecería ser que al misterioso narrador que nos cuenta la historia de Buddy le interesara presentar la dualidad o acaso el debate interno del “Primer Perro de la Nación Esencial del Universo”, como si respondiese al siguiente llamado de Cipión a Berganza: “murmura, pica y pasa, y sea tu intención limpia, aunque la lengua no lo parezca. [...] si eres discreto o lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debas dar disculpa” (308). Pero esto no es lo que sucede con el perro presidencial que a cada rato se disculpa —“Disculpen la indiscreción”, “Pido disculpas”, “Perdón si ofendo”— sin que sus excusas valgan la pena; incluso es fácil detectar cierta hipocresía. La intención de Buddy aparenta ser sana, aunque su ingenuidad y su mala lengua lo contradigan y acusen. Aquí se percibe otra burla a los gringos y su manía de disculparse mecánicamente ante cualquier oportunidad; repiten *I’m sorry* por cosas que no lo ameritan (el más leve roce al pasar, por ejemplo; a veces ni siquiera llega a ocurrir ningún contacto físico) mientras permanecen callados por tantas situaciones que sí merecen pedir disculpas. En su desesperado furor por relatar la jugosa relación extramarital del Presidente, a quien con cariño llama “Daddie Dearest”, Buddy obvia el recato, no le afecta ofender y cuenta la verdad que “aunque severa, es amiga verdadera” (70), como él mismo certifica en una de sus largas injurias.

Buddy Clinton encarna el estereotipo de la sociedad estadounidense promedio, mimada, orgullosa, aislada, antisocial, puritana, gente bien cuidada y protegida en su mundito privilegiado y privado de las clases media y alta. En oposición, el destino de los pícaros canes cervantinos los ha puesto en el andamiaje callejero. La calle les ha enseñado a Berganza y Cipión a sobrevivir contra viento y marea, a fuerza de golpes, experiencias que les han desarrollado la astucia. A sabiendas de que en la unión está la fuerza, ambos perros logran ser sociables, simpáticos, astutos, cooperadores. Para su

desgracia, el Primer Perro no sólo carece de todas estas cualidades, sino que su socialización es únicamente con los sabelotodos de Harvard. Para colmo, tampoco tiene humildad, “la base y fundamento de todas [las] virtudes”, señalamiento de Berganza a Cipión cuando aquél le explica a éste la facilidad “que tenía para entrar con amo”, virtud que “allana inconvenientes, vence dificultades [...], de los enemigos hace amigos, templada la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios”; en fin, termina sentenciando Berganza, la virtud “es madre de la modestia y hermana de la templanza” (312). En este sentido, Buddy está solo y huérfano.

Si tomamos con rigurosa seriedad los juicios de Berganza, otro de los graves problemas del perro gringo estriba en su falta de mundo, ya que, como refranea Cipión, “[q]uien necio es en su villa, necio es en Castilla”, a lo cual añade que “el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres **discretos**” (332). Buddy sirve de metáfora lamentable de la imagen general de los Estados Unidos, conocidos por invadir tierras sin comunicarse bien con los “nativos” y tan amigos de implantar sus bases militares e imponer sus propias costumbres en suelos ajenos. Recordemos el eslogan en contra del gobierno y su infame Guerra en Vietnam: *Travel to exotic distant lands, meet exciting, unusual people and kill them!* Buddy es símbolo y extensión de su propio país que, en comparación al resto del mundo, sigue siendo joven. El perro gringo nació “el siete de agosto de mil novecientos noventa y siete, bajo el signo zodiacal de Leo” y se halla “en la flor de la juventud” (79); EEUU cae bajo el signo que le precede, Cáncer, si escogemos el 4 de julio como fecha de su “nacimiento”). Por otro lado, Buddy señala sus “plus congénitos” muy orgulloso de sus genes y milenario “abolengo”: “Emparento con el lobo europeo o *canis lupus* y el lobo de la India o *canis pollipes*. Emparento con el chacal turco o *canis aureus* y con el coyote mexicano o *coyotl*” (30). Con esto Sánchez marca la insensatez de los prejuicios, falta de la cual muy pocos estamos exentos. Siempre y cuando sean perros, habrá parentesco:

Siendo mínimas las diferencias entre las ochocientas treinta y cuatro variantes cánidas, reclamo como primos a cuantos perros extravagantes van por el mundo. Desde el basenji nipón hasta el slogui árabe. Desde el malamute de Alaska hasta los perros oriundos del Perú o pastores de Chiribaya. (31).

De lo contrario, entre él y los demás seres vivientes no perrunos, Buddy pondrá “un punto y una raya”<sup>1</sup>.

Luis Rafael Sánchez le puso la soga al cuello a Buddy desde el princi-

<sup>1</sup> “Punto y raya” es el título de una canción de Aníbal Nazcoa (letra) y Juan Carlos Núñez (música) que la cantante venezolana Soledad Bravo hizo popular en la década de 1970.

pio; selló su destino cuando hizo que el perro personificara al estadounidense más común, regionalista y racista que, si acaso llega a salir de su “villa”, se lo lleva a cuestras “a Castilla” junto a toda la caterva de prejuicios aprendidos en la cuna. El Cervantes boricua se arraiga a la posmodernidad y lleva su crítica literaria “a la altura de sus tiempos” (González, *Letral* 91). Como el *Quijote* encontrado accidentalmente en una librería y traducido al castellano por un morisco, el primer narrador de *Indiscreciones de un perro gringo* dizque encontró de manera imprevista el manuscrito metido en una bolsa de Macy’s que alguien dejó tras sí en el “tren número uno de Manhattan” (título del Epílogo (149-99)). Así, este otro narrador se pregunta “¿quién birló la copia que acabó dando en mis manos por obra y gracia del azar?” (186). Este relator es el mismo editor que ha hecho pública la crónica pormenorizada de las susodichas indiscreciones perrunas. Él es el cronista que, siendo conocedor de las limitaciones de nuestra época, asumió la tarea de editar, entiéndase acortar, el mamotreto para que lo lean las personas a quienes la lectura les resulta tediosa: “Tuve clara, enseguida, la necesidad de podar” ya que, según afirma, “[u]na novela deberá tener una extensión razonable” con tal que el autor no quede “huérfano de lectores” (194). Crítica certera de los males posmodernos es que desde hace tiempo, pero en especial “[e]n el siglo veintiuno la palabra se devalúa a pasos agigantados. Y cuando no se la devalúa se la desprecia” (194).

La voz que en el “Prólogo” nos había ofrecido sus “Avisos urgentes”, cerrando esa primera parte con un cordial “Con permiso”, regresa al final para explicar aguda y sarcásticamente su encuentro fortuito con la bolsa de papel que tenía dibujado “el logo de la tienda Macy’s —una estrella roja sustituye el signo ortográfico de propiedad, remedo del tatuaje que el señor Rowland Hussey Macy ostentó en una mano desde cuando muchachón—” (157). Al entrar en el tren, el personaje que dejó la bolsa —y a quien el narrador pone el sobrenombre de Confucio— llevaba diez bolsas repletas de “cientos de galletitas de la fortuna, un obsequio indispensable en los restaurantes orientales” (159). Sin explicarse cómo, durante el trayecto alguien trastocó una de ellas por la que contenía el manuscrito; al darse cuenta, porque le pesaba demasiado, “Confucio restalló la bolsa de papel ajena contra el piso del vagón”, huyendo con molestia “del tren [y] arrasando las nueve bolsas suyas” (162). Es entonces cuando el narrador, sin perder tiempo, corre a averiguar lo que había adentro. Me parece importante destacar el apodo que el narrador le “endilg[ó] al caballero asiático” como treta que le permite a Sánchez jugar con la “confusión” de las bolsas, sustantivo repetido a lo largo del episodio.

Gracias a la crítica mordaz de su pluma Sánchez nos hace partícipes del recorrido que el narrador hace en el tren número uno de Maniatan. Como si estuviéramos sentados junto a él nos topamos con la gran masa de gente

que vive y se desvive en la Gran Manzana, microcosmos del Planeta. Listo y diestro como no mostró serlo Buddy, este narrador, verdadero *homo sapiens*, se nos escabulle con un segundo y ligero “Con permiso” (199), diríase que para evitar caer en mayores indiscreciones como las cometidas por Buddy, pero no. Lejos de ello, tampoco sigue los discretos consejos compartidos entre Cipón y Berganza. Nuestro cronista se sale con la suya cuando explica los detalles de la tarea de editar el fortuito mamotreto:

Borrar o achicar párrafos, mudar oraciones a donde mejor cupieran, prescindir de adjetivos, descartar balbuceos que tendrían un significado oscuro, no fueron labores apresuradas. En cambio, sí fue apresurado tije-retear las páginas que vituperaban a los gatos de manera sistemática. No obstante, cosa de mostrar la influencia funesta de la condición humana en la perronalidad de Buddy Clinton, retuve algunos sarcasmos brutales, comunicantes de una gatofobia inaguantable. ¡En su breve temporada humanoide el Primer Perro Buddy Clinton plagió nuestros peores vicios morales!: la intolerancia gustosa y el prejuicio racial, el delirio de grandeza y la certidumbre fanática en su supremacía. (194-95).

Por medio del perro clintoniano y del esquivo narrador, Sánchez saca a relucir el mejor ejemplo posible de la novelita escrita por Cervantes en el otro lado del Atlántico casi cuatrocientos años antes. De una u otra manera, los personajes de ambas novelas no reparan en acusar la fealdad humana, los defectos sociales de corrupción y vanagloria, lacras, falsedades, actos depravados y descarriados, inmoralidades que con el advenimiento de los tiempos “modernos” parecen surgir con mayor frecuencia. Defectos de los cuales no se libra nadie y en cuyo caso merece aplauso el informante por haber escogido el posesivo plural —nuestros—, acertado referente al *royal we* tan británico, tan victoriano, tan papal, tan perrunamente presidencial, y gracias al cual tanto él como los que hemos estado leyendo quedamos inmiscuidos, culpables de lo mismo que acusamos a los demás. Con razón, y como si se tratase de un acto de magia, este narrador se esfuma con tan amable y sucinta excusa. Tampoco él sabe callar, como queda constatado; más aún, no quiere callar. Esta voz narrativa tan sólo aparenta enmudecer. No se calla sin antes dejarnos, entre otras, con dos atinadas alusiones: que por nuestra realidad colonial los puertorriqueños carecemos “del prestigio que facilita acercarse a tan ilustre gente” (198) como era la plana mayor del Imperio Español en el Atlántico oriental y hoy es la del estadounidense en el norte<sup>1</sup>, y que los escritores, cuya labor es contradecir la his-

<sup>1</sup> Aunque parezca mentira y duela decirlo, la ciudadanía americana —otorgada, sin haber sido pedida, en 1917 mediante el Acta Jones, Sección VII— nunca ha evitado que los puertorriqueños seamos considerados *second class citizens*.

toria oficial<sup>1</sup>, la mar de veces tienen “que rebajarse a maquillar una verdad exasperante con el color analgésico de una mentira calculada” (199).

¿“Con permiso”?

---

<sup>1</sup> La puertorriqueña Ana Lydia Vega, a quien, dicho sea de paso, Sánchez le dedica *Indiscreciones de un perro gringo*, se refiere a los escritores como “historicidas” porque en ellos recae la responsabilidad de “matar” las mentiras divulgadas en la historia oficial y sacar a relucir la verdad que durante siglos se nos ha escondido (“Nosotros los historicidas”).

## Obras citadas

Cervantes, Miguel de. “El coloquio de los perros”. *Novelas ejemplares II*. Ed. Harry Sieber. Madrid: Cátedra (2001): 299-359.

González, Aníbal. “Gringo hasta el gen y los cromosomas”. *Primera Revista Latinoamericana de Libros* 4, abril-mayo (2008): 29-33.

—. “Luis Rafael Sánchez, cronista del Puerto Rico posmoderno”. *Letral* 1 (2008): 81-93.

Kundera, Milan. *La insoportable levedad del ser*. Barcelona: Tusquets, 2005.

Sánchez, Luis Rafael. *Indiscreciones de un perro gringo*. Guaynabo, Puerto Rico: Alfaguara/Santillana, 2007.

Unamuno, Miguel de. *Niebla*. Ed. Germán Gullón. Madrid: Espasa Calpe, 1991.

Vega, Ana Lydia. “Nosotros los historicidas”. En *Historia y literatura*. San Juan: Postdata (1995): 23-38